

—Mientras no venía a esta habitación, todo me era igual. Pero después... Cuando le veía aquí, afectuoso, trayéndome un dinero que había tenido que buscar por todos los rincones de París, arruinándose por mí sin una queja, me sentía enferma... ¡Si supieses con qué afán ha velado por mis intereses!

—Sí, mi padre es un águila en eso de velar por los intereses ajenos.

El tono de su voz asombró a Renata. Miróle fijamente, y él, como para defenderse, repuso:

—¡Oh! yo no sé nada... Digo tan sólo que mi padre es hombre entendido.

—Te equivocarías si hablastes mal de él—prosiguió Renata.—Me parece que le juzgas a la ligera... Si te diese a conocer todos sus apuros, si te repitiese lo que, sin ir más lejos, me confiaba esta tarde misma, verías cómo la gente se equivoca cuando da en creer que tiene dinero.

Máximo no pudo por menos de encogerse de hombros. Luego interrumpió a su madrastra con irónica risa:

—¡Vaya! le conozco, le conozco mucho... ¡Cuántas estupendas cosas debe de haberte dicho!... Cuéntamelas, cuéntamelas.

Aquel tono burlón la mortificaba. Entonces encareció más y más sus elogios, encontró a su marido superlativamente grande y habló del negocio de Charonne, de aquel embrollo de que no había comprendido una sílaba, como de una catástrofe, en la que le habían sido reveladas, así la inteligencia como la bondad de Saccard. Agregó que al día siguiente firmó la escritura de cesión, y que si, en realidad, la cosa resultaba un desastre, lo aceptaba en castigo de sus faltas. Máximo la dejaba hablar figándose y mirándola por lo bajo; después dijo a media voz:

—Eso es, está bien...

Y luego, más alto y poniendo la mano sobre el hombro de Renata:

—Querida amiga—le dijo,—te doy las gracias, pero la historia la sabía yo... ¡La tuya sí que es una buena pasta!

Hizo de nuevo como que iba a salir. Sentía una rabiosa comezón de hablar, de contarlo todo. La joven le había exasperado con tanto elogio de su marido, y olvidaba que se había prometido a sí mismo no hablar de ello, para evitarse todo disgusto.

—¡Cómo! ¿qué quieres decir?—le preguntó.

—¡Pardiez! que mi padre te hace caer en la trampa lo más bonitamente del mundo... Me das lástima, como hay Dios, ¡eres de lo más lerdo!...

Y le refirió ce por be lo que había oído en casa de Laura, de modo cobarde y solapado, saboreando una secreta alegría al descender a ciertas infamias. Parecíale tomar venganza de una grave injuria que se le acababa de inferir. Su temperamento de muchacha esperaba santurrónamente aquella denuncia, aquella charlatanería cruel sorprendida tras una puerta. No omitió ni un ápice a Renata, ni el dinero que su marido le había prestado usurariamente, ni el que se proponía robarle, con ayuda de cuentos ridículos, muy a propósito para hacer dormir a los niños. La joven le escuchaba en extremo pálida, con los labios apretados. En pie delante de la chimenea, bajaba un poco la cabeza y miraba al fuego. Su tocado de noche, aquella camisa que Máximo había calentado, se separaba, dejando ver inmóviles blancuras de estatua.

—Te digo todo esto—concluyó el joven,—para que no parezcas boba... Pero harías muy mal en guardar ojeriza a mi padre. No es que sea malo, aunque tiene sus defectos como todo hijo de vecino... Hasta mañana, ¿quedamos así?

Como antes, se dirigía a la puerta; pero Renata le detuvo con repentino ademán.

—Quédate—exclamó imperiosamente.

Y cogiéndole, atrayéndole a sí y sentándole casi en sus rodillas, delante del fuego, besóle en los labios, diciendo:

—Pues bien, de necios sería el pasar malos ratos desde este momento. Tú ignoras que desde ayer, tan pronto como quisiste romper, mi cabeza no me pertenece. Estoy como imbécil. Esta noche, en el baile, tenía una nube ante mis ojos; así es que ahora te necesito para vivir. Cuando te vayas, mi vida transecurrirá en el vacío... No te rías, te digo lo que siento.

Le miró con inefable ternura, como si hiciese mucho tiempo que no le había visto.

—Tú has dado con la palabra; estaba hecha una boba; tu padre me habría hecho creer que la noche es día. ¿Acaso sabía yo algo? En tanto que me refería su historia, yo sentía en mi interior un grande y extraño zumbido, y por tal modo me creía anonadada, que me habría hecho ponerme de rodillas, si lo hubiese querido, para firmar sus papelotes. ¡Y yo me imaginaba tener remordimientos!... En realidad era imbécil hasta tal punto!...

Rióse a carcajadas, y fulgores como de locura brillaban en sus ojos. Y continuó estrechando con más fuerza a su amante.

—Por ventura ¿nosotros hacemos mal? Nos amamos y nos divertimos como mejor nos parece. Ahí tienes a todo el mundo, que hace lo mismo. ¡No que no!... Mira a tu padre, que se pone el mundo por montera. Se perece por el dinero y lo toma donde lo encuentra. Tiene razón y esto me pone a mis anchas... Empezaré por no firmar nada y luego tú vendrás todas las noches. Tenía miedo de que ya no quisieses, ya sabes, por lo que te he dicho... Mas una vez que nada te

importa... Por lo demás, ya comprendes que en adelante le cerraré la puerta.

Se levantó y encendió la mariposa. Máximo titubeaba desesperado. Veía la necesidad que había comedido y se echaba duramente en cara el haber hablado demasiado. ¿Cómo anunciar ahora su casamiento! Suya era la culpa, pues la ruptura quedaba hecha, no tenía necesidad de volver a subir a aquella habitación, ni ir sobre todo a probar a la joven que su marido la tomaba por juguete. Y ni siquiera sabía a qué sentimientos acababa de obedecer, lo que redoblaba su cólera contra sí mismo. Pero si por un instante le hubiese asaltado la idea de ser brutal por segunda vez, yéndose, la vista de Renata, que dejaba caer sus zapatillas, le produjo una cobardía invencible. Tuvo miedo y se quedó.

Al día siguiente cuando Saccard fué a la habitación de su mujer para hacerle firmar la escritura de cesión, contestóle con toda serenidad que nada haría y que había reflexionado. Por lo demás, no se permitió hacerle la menor alusión; habíase jurado ser discreta, pues no quería crearse molestias, y deseaba disfrutar en paz la reanudación de sus amores. El asunto de Charonne se arreglaría como fuese posible; su negativa a firmar era tan sólo una venganza; de lo demás se hablaba por todo lo alto. Saccard estuvo a pique de que el humo le subiera a las narices. Todo su sueño se venía abajo. Sus demás negocios iban de mal en peor. Hallábase del todo apurado, sosteniéndose tan sólo por un milagro de equilibrio; aquella misma mañana no había podido satisfacer la cuenta del panadero. Esto no era óbice para que preparase una fiesta espléndida para el jueves de mediada la cuaresma. Ante la negativa de Renata, sintió esa pasiva cólera del hombre vigoroso que se ve atajado en su obra por el capricho de un niño. Con la escritura de cesión

en el bolsillo, contaba con seguridad hacer dinero, en espera de la indemnización. Después, cuando se hubo tranquilizado un tanto y que tuvo la inteligencia despejada, se admiró del brusco cambio de su mujer; no había duda que debía de haber sido aconsejada. Algún amante había de por medio. Fué aquel un presentimiento tan evidente, que corrió a casa de su hermana, para interrogarla, para preguntarle si algo sabía acerca de la vida oculta de Renata. Sidonia se mostró hecha un basilisco. No perdonaba a su hermana política la afrenta que le había inferido, negándose a ver al señor de Saffré. Así fué que, cuando comprendió, por las preguntas de su hermano, que éste acusaba a su mujer de que tenía un amante, gritó que estaba segura de ello. Y se ofreció a espiar en persona a los "tortolitos". Ya vería aquella impertinente cómo las gastaba ella. Saccard, según su costumbre, no andaba en busca de verdades desagradables; tan sólo su interés era el que le constreñía a abrir los ojos que con toda prudencia tenía cerrados. Aceptó el ofrecimiento de su hermana.

—Anda, vive tranquilo, que lo sabré todo.—le dijo con acento que rebosaba de compasión.— ¡Ah, pobre hermano mío, no hubiera sido Angela quien te habría traicionado en toda su vida! ¡Un marido tan bueno, tan generoso! Esas muñecas parisinas no tienen corazón... ¡Y yo que en darle consejos no tengo punto de reposo!...

*
* * *

El primer jueves de mediada la cuaresma había baile de trajes en casa de los Saccard. Pero lo que despertaba la gran curiosidad era el poema de los "Amores del bello Narciso y de la ninfa Eco", en tres cuadros, que aquellas damas habían de representar. El autor de aquel poema,

el señor Hupel de la Noue, viajaba de un mes a aquella parte, de su prefectura al hotel del parque Monceaux, con el objeto de vigilar los ensayos y de dar consejos por lo tocante a los trajes. En un principio había pensado en escribir su obra en verso; luego se decidió por los cuadros vivos; esto resultaba más noble — decía — y se acercaba más a la belleza clásica.

Las damas no se dormían. Algunas de ellas hasta cambiaban dos y tres veces de traje. Las conferencias, presididas por el subprefecto, eran cuento de nunca acabar. Empezó por discutirse el personaje de Narciso. ¿Sería una mujer o un hombre quien la representaría? Por último, a instancias de Renata, se decidió que el papel fuese representado por Máximo; pero resultaría ser el único hombre, y aun así, la señora de Lauwrens decía que nunca consentiría en ello, a menos que "Máximo no se pareciese en todo y por todo a una muchacha". Renata había de ser la ninfa Eco. La cuestión de los trajes fué mucho más laboriosa. Máximo prestó gran ayuda al subprefecto, quien ya no podía más, en medio de nueve mujeres, cuya loca imaginación amenazaba comprometer gravemente la pureza de líneas de su obra. A haberlas escuchado, su Olimpo habría llevado polvos. La señora de Espanet quería absolutamente llevar un vestido de cola para ocultar sus pies, un tanto recios, mientras que la señora de Haffner soñaba con llevar una piel de fiera. El señor Hupel de la Noue se presentó enérgico, y hasta llegó a enfurruscarse una vez; era un convencido, y decía que si había renunciado a los versos, había sido para escribir un poema "con telas sabiamente combinadas y con actitudes escogidas entre las más hermosas".

—El conjunto, señoras mías,—repetía a cada nueva exigencia,—ustedes olvidan el conjunto...

Yo no puedo en modo alguno sacrificar la obra entera a los volantes que ustedes me piden.

Los conciliábulos se celebraban en el salón capullo de oro. Empleáronse allí tardes enteras para determinar la forma de una falda. Worms fué convocado una infinidad de veces. Todo quedó arreglado, por último, los trajes fijados, las actitudes aprendidas, y el señor Hupel de la Noue se declaró satisfecho. La elección del señor de Mareuil le había dado menos quebraderos de cabeza.

Los amores del bello Narciso y de la ninfa Eco debía de dar comienzo a las once. Desde las diez y media el salón se encontraba de bote en bote, y como después había baile, las mujeres se encontraban allí, disfrazadas, sentadas en sillones colocados en semicírculo delante del improvisado teatro, un tablado oculto detrás de dos anchas cortinas de terciopelo encarnado con franjas de oro, suspendidas por varillas. Los hombres, detrás, se mantenían de pie, iban y venían. Los tapiceros habían dado a las diez de la noche los últimos martillazos. El tablado se alzaba en el fondo del salón ocupando todo un lado de aquella gran galería. Subíase al teatro por el fumadero, convertido en salón de descanso para los artistas. Fuera de esto, aquellas señoras tenían a su disposición en el primer piso, diversas habitaciones, en donde un ejército de doncellas preparaban los trajes de los diferentes cuadros.

Ya eran las once y media, y las cortinas no acababan de descorrerse. Un gran murmullo cundía por el salón. Las hileras de sillones presentaban la más admirable multitud de marquesas, castellanas, lecheras, españolas, pastoras, sultanas; mientras que la compacta masa de los fraques, ofrecía una grande y sombría mancha, al lado de aquellas telas claras y hombros desnudos, resplandecientes con los brillantes centelleos

de las joyas. Tan sólo las señoras estaban disfrazadas. Hacía ya calor: las tres lámparas iluminaban el dorado ambiente del salón.

Vióse por último al señor Hupel de la Noue salir por una abertura dispuesta a la izquierda del tablado. Desde las ocho de la noche se hallaba prestando ayuda a aquellas señoras. En la manga izquierda del frac se le notaban tres dedos señalados de blanco, los de una manita de mujer que allí se había posado, después de haberla tenido por buen rato metida en una caja de polvos de arroz. ¡Pero qué le importaban al prefecto las miserias de su traje! Salíansele los ojos de las órbitas y tenía el rostro pálido e hinchado. Parecía no ver a nadie; y, adelantándose hacia Saccard, a quien distinguió en medio de un grupo de hombres graves, le dijo a media voz:

—¡Por vida de!... Su mujer de usted ha perdido el cinturón de follajes... ¡Estamos mejor que queremos!

Renegaba y habría pegado a la gente. Acto seguido, sin esperar respuesta alguna, sin mirar a nadie, volvió la espalda, se zambulló entre los cortinajes y desapareció. Las damas se regocijaban con la singular aparición de aquel caballero.

El grupo en cuyo centro se encontraba Saccard, se había formado a espaldas de los últimos sillones; hasta se había sacado uno de ellos fuera de la línea, para el barón Gouraud, cuyas piernas se venían hinchando de algún tiempo a aquella parte. Hallábanse allí el señor Toutin-Laroche, a quien el emperador acababa de llamar al Senado; el señor de Mareuil, cuya segunda elección se había dignado aprobar la Cámara; el señor Michelin, condecorado la víspera; y, un poco más atrás, los Mignon y Charrier, el uno con un grueso diamante en la corbata, mientras el otro exhibía uno aun mucho más grueso en su dedo. Todos aque-

Los señores charlaban. Saccard les dejó un instante para ir a cruzar algunas palabras en voz baja con su hermana, que acababa de entrar y de sentarse entre Luisa de Mareuil y la señora de Michelin. Madama Sidonia iba de hechicera; Luisa llevaba, con todo garbo, un vestido de paje, lo que le comunicaba verdadero aspecto de pillete; la pequeña coquetona Michelin, sonreía amorosamente, envuelta en sus velos bordados de hilillos de oro.

—¿Sabes algo?— preguntó en voz queda Saccard a su hermana.

—No, nada todavía— contestó.— Pero el galán debe de hallarse aquí... Ya les atraparé esta noche: vive tranquilo.

—Que me avises sin perder momento, ¿lo oyes?

Y Saccard, volviéndose a derecha e izquierda, cumplimentó a Luisa y a la señora de Michelin. Comparó a ésta con una hurí de Mahoma y a la otra con un favorito de Enrique III. Su acento provenzal parecía hacer cantar de arrobamiento toda su persona mezquina y estridente. Cuando dió la vuelta al grupo de los hombres graves, el señor de Mareuil le llamó aparte y le habló del casamiento de sus respectivos hijos. Nada había cambiado, por lo que el domingo siguiente debería de firmarse el contrato.

—Perfectamente— dijo Saccard.— Hasta cuento esta noche con anunciar el enlace a nuestros amigos, si en ello no ve usted inconveniente... Para el caso espero a mi hermano el ministro, que me ha prometido venir.

El nuevo diputado se sintió enajenado de gozo. En esto, el señor Toutin-Laroche alzaba la voz, como dominado por violenta indignación:

—Sí, señores— decía al señor de Michelin y a los dos contratistas que se aproximaban,—yo ha-

bía tenido la simpleza de permitir que mi nombre se mezclara a semejante asunto.

Y como Saccard y Mareuil se acercasen a ellos, prosiguió:

—Refería a estos señores la deplorable aventura de la Sociedad general de los puertos de Marruecos, ya sabe usted Saccard...

Este no pestañeó. La sociedad en cuestión acababa de sucumbir con espantoso escándalo. Ciertos accionistas por demás curiosos, quisieron saber en dónde se hallaban establecidas las tan famosas agencias comerciales del litoral del Mediterráneo, y una información judicial había demostrado que los puertos de Marruecos tan sólo existían en los planos de los ingenieros, lindísimos planos que se veían colgados en las paredes de las oficinas de la Sociedad. A partir de aquel instante, el señor Toutin-Laroche gritaba más fuerte aun que los accionistas, se indignaba y quería que se le devolviese su nombre limpio de toda mancha. Y tanto fué el zipizape que movió, que el gobierno, para calmar y rehabilitar ante la opinión a aquel hombre útil, se decidió a enviarle al Senado. Así fué como pescó el tan ambicionado puesto, en un negocio que en un tris estuvo que no le condujera ante la policía correccional.

—Es usted sobrado bondadoso al ocuparse de eso— dijo Saccard.— Por lo demás, usted puede hacer alarde de su obra magna, el Crédito vitícola, Sociedad que ha salido triunfante en todas las crisis.

—Así es— murmuró Mareuil,— eso responde a todo.

El Crédito vitícola, acababa, en efecto, de salir de grandes apuros, con sutil arte ocultados. Un ministro de manga muy ancha para aquella institución mercantil y que tenía al Municipio, como quien dice, con la soga al cuello, había combinado una jugada al alza, de que el señor Toutin-

Laroche se había servido a las mil maravillas. Nada le engrería tanto como los elogios tributados a la prosperidad del Crédito vitícola. Por lo común, él mismo los provocaba. Dió las gracias al señor de Mareuil con una mirada, e inclinándose hacia el barón Gouraud, sobre cuyo sillón se apoyaba familiarmente, le preguntó:

—¿Se siente usted bien? ¿No tiene usted demasiado calor?

El barón dejó escapar un ligero gruñido.

—Decae, decae de día en día—agregó el señor Toutin-Laroche en voz queda, volviéndose a aquellos señores.

El señor Michelin se sonreía y entornaba de vez en cuando los párpados, como quien no hacía la cosa, para ver su cinta encarnada. Los señores Mignon y Charrier, plantados firmemente sobre sus descomunales pies, parecían mucho más a sus anchas en su traje desde que llevaban brillantes.

Entretanto ya era cerca de media noche, y la asamblea se impacientaba; no se permitía murmurar, pero los abanicos se agitaban más nerviosamente, y el ruido de las conversaciones iba en aumento.

Por fin volvió a aparecer el señor Hupel de la Noue. Había pasado un hombro por la estrecha abertura, cuando divisó a la señora de Espanet que subía por último al escenario; aquellas señoras, cada cual ya en su sitio para el primer cuadro, no esperaban más que a ella. El prefecto se volvió, mostrando la espalda a los espectadores, y se le pudo ver hablando con la marquesa, que las cortinas ocultaban. Bajaba cuanto podía la voz, y decía, saludando con las puntas de los dedos:

—Mi enhorabuena, marquesa: ese traje resulta delicioso.

—¡El que llevo debajo es más bonito aún!—

contestó descaradamente la joven, riéndosele en las barbas, al verle tan grotescamente metido entre las cortinas.

La audacia de aquella broma asombró por un instante al galante señor Hupel de la Noue; pero se repuso, y saboreando más y más la frase a medida que profundizaba su sentido:

—¡Ah! ¡delicioso! ¡encantador!—murmuraba en el mayor entusiasmo.

Dejó caer la cortina y fué a reunirse al grupo de hombres graves, pues deseaba recrearse en su obra. No era ya aquel hombre atrafagado que corría en busca del cinturón de follaje de la ninfa Eco; ahora se sentía radiante, respirando con fuerza y enjugándose la sudorosa frente. No se le había quitado la huella de la manita blanca dibujada en la manga del frac; y a más de esto, el guante de su mano derecha veíase manchado de rojo en el extremo del pulgar; sin duda había metido aquel dedo en el frasco de colorete de alguna de aquellas señoras. Sonreíase, se hacía aire y balbuceaba:

—¡Está adorable, sorprendente, maravillosa!

—¿Quién?—preguntó Saccard.

—La marquesa. Figúrese usted que acaba de decirme...

Y refirió aquella frase. A todos les pareció deliciosa y se la estuvieron repitiendo unos a otros. Hasta el digno señor Haffner, que se había acercado, no pudo por menos de aplaudir. Entretanto, un piano, que pocos habían visto, se puso a tocar un vals. Guardóse entonces un gran silencio. El vals ofrecía giros caprichosos e interminables, y siempre frases dulcísimas, que se desprendían del teclado, perdíanse en trinos de ruiseñor; luego se sucedían encantos más apagados y más despaciosos. Aquella música resultaba voluptuosa; las damas, con la cabeza algo inclinada, se sonreían. El piano, en cambio, había hecho desapa-

recer de repente la alegría del señor Hupel de la Noue. Miraba con semblante de ansiedad los cortinajes de terciopelo encarnado, diciéndose para sí que habría debido de colocar por sí mismo a la señora de Espanet, como había colocado a las demás.

Las cortinas se descorrieron poco a poco, y el piano volvió a dejar oír a la sordina el sensual baile. Corrió un murmullo por el salón, inclináronse las damas, los hombres alargaban el pescuezo, en tanto que la admiración se manifestaba acá y allá, ya por palabras pronunciadas en demasiado alta voz, ya por un suspiro inconsciente, ya por una risa ahogada. Se prolongó aquello cinco largos minutos, bajo el resplandor de las tres arañas.

El señor Hupel de la Noue, tranquilizado, sonreía beatíficamente ante su poema. No podía resistir a la tentación de repetir a cuantas personas le rodeaban, lo que venía diciendo de un mes a aquella parte:

—Había pensado en hacerlo hablado... Pero ¿no les parece a ustedes que así resulta mayor nobleza de líneas?...

Después, como el vals iba y venía en un balanceo sin fin, dió las oportunas explicaciones. Los señores Mignon y Charrier se habían acercado y escuchaban con la mayor atención.

—Ustedes están enterados del asunto, ¿eh? El bello Narciso, hijo del río Cefiso y de la ninfa Lisiope, desprecia el amor de la ninfa Eco... Eco pertenecía al séquito de Juno, a quien entretenía con sus pláticas, mientras Júpiter corría por aquellos mundos de Dios... Eco, hija del Aire y de la Tierra, como ustedes saben muy bien...

Y perdía el sentido ante la poesía de la fábula. Después, con acento de mayor intimidad, agregaba:

—He pensado que podía dar rienda suelta a

mi imaginación... La ninfa Eco lleva al bello Narciso a casa de Venus, a una gruta marina, para que la diosa le inflame con sus ardores. Pero la diosa es impotente, y el joven demuestra en su actitud que no se siente conmovido.

La explicación no era inútil, pues pocos espectadores, en el salón, comprendían el exacto sentido de los grupos. Cuando el prefecto hubo nombrado a aquellos personajes a media voz, la admiración subió de punto. Los señores Mignon y Charrier continuaron abriendo tanto ojo; que no habían comprendido una palabra.

En el escenario, entre los cortinajes de terciopelo encarnado, se había una gruta. La decoración estaba formada por una tela de seda extendida y formando grandes pliegues interrumpidos, imitando las anfractuosidades de la roca, en la que había pintadas conchas, peces y grandes hierbas marinas. El tablado, formando escabrosidades y ascendiendo a la manera de colina, se veía cubierto con la misma tela de seda, en la cual el decorador había querido representar una menuda arena, cuajada de perlas y de lentejuelas de plata. Era aquello un retiro de diosa. Allí en lo alto de la colina, la señora de Lauwerens, en traje de Venus, se mantenía en pie; aparecía un tanto robusta, y vistiendo la rosada malla con la dignidad de una duquesa del Olimpo, había comprendido su personaje como soberana del amor, con grandes ojos, severos y devoradores. Detrás de ella, y dejando tan sólo ver su malicioso rostro, sus alas y su carcaj, la diminuta señora Daste, dirigía sus sonrisas al cariñoso personaje de Cupido. Luego, al otro lado de la colina, las tres Gracias, señoras de Guende, Teissière, de Meinhold, todas vestidas de muselina, se sonreían y se enlazaban, como en el grupo de Pradier; mientras que en otra parte, la marquesa de Espanet y la señora Haffner, envueltas en la misma

ola de encajes, con los brazos en la cintura y los cabellos mezclados, ofrecían un arriesgado rincón en el cuadro, un recuerdo de Lesbos, que el señor Hupel de Noue explicaba en voz baja, a los hombres solamente, diciendo que él había querido expresar por tal manera el poder de Venus. Al pie de la colina, la condesa Vanska representaba la Voluptuosidad; extendiase, como retorcida por un último espasmo, con los ojos entreabiertos y moribundos, cual si estuviese cansada; siendo muy morena, había desatado su cabellera de azabache, y a través de su túnica, estriada de rojas llamas, permitía ver algunos sitios de su ardiente cutis. La gradación de los colores de los trajes, desde el blanco de nieve del velo de Venus al rojo oscuro de la túnica de la Voluptuosidad, era suave, de un sonrosado general, de un tono de carne. Y dentro del foco de la luz eléctrica, ingeniosamente dirigido a la escena por una de las ventanas del jardín, las gasas, los encajes, todas aquellas telas ligeras y transparentes, se confundían tan bien con los desnudos hombros y las mallas, que aquellas sonrosadas blancuras tenían vida, y ya no se sabía si las excelentes damas habían llevado la verdad plástica hasta el punto de ponerse por completo desnudas. Aquello no era más que la apoteosis; el drama se realizaba en el primer término. A la izquierda, Renata, la ninfa Eco, tendía los brazos hacia el sitio en que se hallaba Narciso, suplicante, como para invitarle a que mirase a Venus, cuya sola vista enciende terribles fuegos; pero Narciso, a la derecha, hacía un ademán negativo, se ocultaba los ojos en la mano y permanecía frío como un carámbano. Los trajes de estos dos personajes, sobre todo, habían costado infinito trabajo al señor Hupel de la Noue. Narciso, como semidios andariego de los bosques, vestía un traje de cazador ideal; color verdoso, una corta vesta

ajustada al cuerpo y una rama de encina a los cabellos. El traje de la ninfa Eco era, por sí solo, toda una alegoría; era un simulacro de los enormes árboles, de los elevados montes, de los paraes resonantes en que las voces de la Tierra y del Aire se contestan; era roca por el raso blanco de la falda, soto por el follaje del cinturón, puro cielo por la nube de gasa azul del corpiño. Y los grupos mantenían una inmovilidad de estatua, la nota carnal del Olimpo se estremecía en el resplandor del ancho foco, mientras que el piano proseguía su queja de agudo amor, entrecortada por profundos suspiros.

Por regla general se convino en que Máximo estaba admirablemente formado. En su actitud negativa desarrollaba la cadera izquierda, lo que llamó mucho la atención. Pero todos los elogios se dirigieron a la expresión del rostro de Renata. Según el dicho del señor Hupel de la Noue, era "el dolor del deseo no saciado". Lanzaba penetrantes sonrisas, con las que parecía querer hacerse humilde, acechaba su presa con súplicas de hambrienta loba que no oculta sus dientes sino a medias. El primer cuadro resultó bien, excepto aquella loca de Adelina, que se reía, conteniendo con gran trabajo una irresistible comezón de reír. Corrieron por último las cortinas y el piano enmudeció.

Entonces se aplaudió discretamente y las conversaciones se reanudaron. Un gran hábito de amor, de contenidos deseos, se había desprendido de las desnudeces del escenario y se difundía por el salón, en donde el sexo débil languidecía más y más en sus asientos, mientras que los hombres se hablaban al oído, en voz queda y sonriendo. Era aquello como un cuchicheo de alcoba, un semi-silencio de confianzuda compañía, un anhelo de voluptuosidad formulada apenas por un estremecimiento de labios; y, en las mudas

miradas, se percibía, en medio de aquel arroba-
miento de buen tono, el deseo brutal de amores
ofrecidos y aceptados con sólo una mirada.

Juzgábase sin tregua de las perfecciones de
aquellas damas. Sus trajes adquirirían casi tanta
importancia como sus hombros. Cuando los se-
ñores Mignon y Charrier quisieron ir con pregun-
tas al señor Hupel de la Noue, se quedaron con
la boca abierta al no verle ya a su lado; habíase
colado ya en el escenario.

—Le estaba a usted contando, hermosa mía—
dijo madama Sidonia, reanudando una conversa-
ción interrumpida por el primer cuadro; — que
había recibido una carta de Londres, ya sabe us-
ted, sobre el asunto de los tres mil millones...
La persona a quien he encargado que haga las
investigaciones necesarias, me escribe que cree
haber encontrado el recibo del banquero. Ingla-
terra habrá ya pagado... Me siento enferma des-
de esta mañana.

Estaba, en efecto, más amarilla que de cos-
tumbre, en su traje de hechicera sembrado de es-
trellas. Y como quiera que la señora Michelin
no la escuchase, prosiguió en voz más queda,
murmurando que Inglaterra no podía haber pa-
gado y que estaba decidida a ir a Londres per-
sonalmente.

—El traje de Narciso era muy bonito, ¿ver-
dad que sí?— preguntó Luisa a la señora Mi-
chelin.

Esta se sonrió y miró al barón Gouraud, que
parecía rejuvenecido en su sillón. Fijándose la
señora Sidonia en la dirección que llevaban sus
miradas, se inclinó y le susurró al oído, para que
la niña no le oyese:

—¿Es cierto que se ha embargado a sí mismo?

—Sí—contestó la joven, languideciente y des-
empeñando a maravilla su papel de almea.—Yo
he elegido la casa de Louveciennes y he recibido

las escrituras de propiedad por mediación de su
hombre de negocios... Pero hemos roto las amis-
tades; no le veo ya.

Luisa tenía una delicadeza de oído especial
para enterarse de lo que se le quería ocultar.
Miró al barón de Gouraud con su descaro de paje,
y dijo tranquilamente a la señora de Michelin:

—¿No le parece a usted que el barón es de lo
más horrible?

Luego añadió, soltando la carcajada:

—Diga usted: ¿no debería habersele confiado
el papel de Narciso? Resultaría delicioso con el
traje verde manzana.

La vista de Venus, de aquel voluptuoso rincón
del Olimpo, había, en efecto, reanimado al viejo
senador. Rodaba los encantados ojos y medio se
volvía para cumplimentar a Saccard. En el con-
fuso y sordo ruido que se producía en el salón,
el grupo de los hombres graves continuaba ha-
blando de negocios, de política. El señor Haffner
dijo que acababa de ser nombrado presidente de
un jurado encargado de regular los asuntos de
indemnizaciones. Entonces la conversación se em-
peñó sobre los trabajos de París, sobre el bulevar
del príncipe Eugenio, del que se empezaba a ha-
blar seriamente entre el público. Saccard se apro-
vechó de la ocasión, y habló de una persona que
conocía, de un propietario, a quien sin duda se
iba a expropiar. Y miró cara a cara a aquellos
señores. El barón movió suavemente la cabeza;
el señor Toutin-Laroche llevó las cosas hasta a
declarar que nada resultaba más agradable que
el verse expropiado; el señor Michelin daba seña-
les de aprobación y bizcaba más aun, mirando su
condecoración.

Las indemnizaciones nunca podrían ser dema-
siado importantes,—dedujo echándola de doctor
el señor de Mareuil, que quería hacerse simpá-
tico a Saccard.

Habíanse comprendido; pero los señores Mignon y Charrier daban la preferencia a sus propios negocios. Contaban con retirarse antes de mucho, sin duda a Langres, según decían, conservando siempre un apeadero en París; hicieron sonreír a aquellos señores cuando refirieron que después de haber dado cima a la construcción de su magnífico hotel del bulevar Malesherbes, lo habían diputado por tan hermoso, que no habían podido resistir a la tentación de desprenderse de él. Sus brillantes debían de ser un consuelo con que se habían regalado. Saccard se reía a regañadientes; sus antiguos asociados acababan de realizar beneficios enormes en un negocio en que él había desempeñado el papel de bobo.

Como el entreacto se prolongase más de la cuenta, la conversación de los hombres graves se vió por último interrumpida con los elogios a la garganta de Venus y al vestido de la ninfa Eco.

Al cabo de media hora larga de talle, el señor Hupel de la Noue se presentó nuevamente. Caminaba en pleno éxito y el desorden de su traje adquiría mayores proporciones. Al acercarse a su sitio, se tropezó con el señor de Mussy. Estrechóle la mano de paso, y luego volvió atrás para preguntarle:

—¿No sabe usted el dicho de la marquesa?

Y se lo refirió sin esperar la respuesta. Cada vez penetraba más y más su sentido, lo comentaba y concluía por tenerlo por cosa de exquisita ingenuidad. “¡Tengo debajo uno mucho más bonito!” Era aquel un grito del corazón.

Pero el señor de Mussy no fué de tal parecer: tuvo la frase por indecente. Acababa de ser nombrado agregado a la embajada de Inglaterra, en la que el ministro le había dicho que un severo porte era de rigor. Negábase a dirigir el cotillón, envejecía y ya no hablaba de su pasión por Re-

nata, limitándose a saludarla gravemente cuando la encontraba.

Había llegado el señor Hupel de la Noue al grupo formado detrás de la butaca del barón, cuando el piano prorrumpió en una marcha triunfal. Grandes acordes, producidos con todo pulso sobre las teclas, precedían a un amplio cantábil, en el que a cada instante se percibían como estallidos metálicos. Después de cada frase, una voz más alta la recogía, acentuando el ritmo. Aquello resultaba tan brutal como alegre.

—Ahora van ustedes a ver—murmuró el señor Hupel de la Noue;—he llevado quizás un poco lejos la licencia poética; pero creo que la audacia me ha salido bien... La ninfa Eco, viendo que Venus carece de poder sobre el bello Narciso, le lleva a casa de Plutón, dios de las riquezas y de los metales preciosos... Tras de la tentación de la carne, la tentación del oro.

—Eso es clásico—agregó el seco señor Toutin-Laroche, con amable sonrisa.—Usted conoce muy bien su tiempo, señor prefecto.

Las cortinas se descorrieron y el piano tocó más fuerte aun. El rayo eléctrico caía sobre el más refulgente esplendor, en el cual los espectadores no vieron en un principio más que un gran brasero, en que parecían fundirse lingotes de oro y piedras preciosas. Abriase una nueva gruta, mas aquella no era el fresco retiro de Venus bañado por la moribunda ola sobre finísima arena sembrada de perlas; debía de encontrarse, por el contrario, en el centro de la tierra, en una capa ardiente y profunda, hendidura del antiguo infierno, grieta de una mina de metales fundentes, habitada por Plutón. La seda imitando la roca, exhibía anchos filones metálicos; grandes corrientes, que eran como las venas del viejo mundo, arrastraban las riquezas incalculables y la eterna vida del suelo. En tierra, por un atrevido